

REINA Y CARLOS III

Reina y Carlos III formaron en un tiempo el Camino de San Antonio Chiquito, la única vía de comunicación de La Habana que conducía al campo. El primer comercio de Reina fué un trapiche en que se expendía guarapo a principios del siglo XVIII.

Carlos III, el Camino Militar que conducía a la fortaleza del Príncipe, fué el gran paseo elegante del siglo pasado.—La Quinta de los Molinos, residencia de Verano de los Capitanes Generales, un jardín paradisíaco en medio de la ciudad.—Los primeros juegos de Base Ball.

El camino de San Antonio Chiquito, denominado luego Calzada de San Luis Gonzaga, y más tarde Calzada de la Reina, fué en sus orígenes, allá por el siglo XVII, uno de los dos únicos que conducían a la Chorrera o Pueblo Viejo (Vedado). Por aquel entonces era un trillo zigzagueante —cerrado en muchos tramos por matorrales y bosquecillos— que comenzando en la calle Muralla, seguía de Este por las actuales calzadas de Reina y Carlos III hasta las faldas de la loma del Príncipe, las que rodeaba por el Suroeste. Según el historiador José María de la Torre, este camino constituyó hasta 1735 en que se construyó un puente en la Calzada del Monte, la principal salida de la ciudad para el campo. Se le llamó Camino de San Antonio porque conducía al ingenio San Antonio Chiquito, propiedad del regidor don Blas Pedroso. Este ingenio existía aún en tiempos de la ocupación de La Habana por los ingleses y tenía una ermita en que se adoraba la imagen de San Antonio. Su situación era al Sur de lo que es hoy el Cementerio de Colón. De ahí que a fines del siglo pasado se empleara todavía en la jerga popular la frase: "Se fué para San Antonio", para referirse a la muerte de una persona.

A fines del siglo XVII delimitaba el camino de San Antonio varias estancias de labores y arboledas en las que se criaba ganado vacuno y de cerda y se cultivaban frutos menores. Las primeras estancias de que se tienen noticias eran las de Antonio de la Luz, comprendida por lo que son hoy las calles de Reina, Amis-

tad, Belascoain y Zanja (por donde corría la Zanja Real); la de Gabriel José Calvo, comprendida por Reina, Monte, Aguila y una línea recta que partiendo de Reina y Manrique, llegaba hasta Monte y Antón Recio; la estancia de Francisco Flores, comprendida por Reina, Belascoain, Figueras y la línea que partiendo de Reina y Manrique llegaba hasta Monte y Antón Recio. Esta última fué adquirida más tarde por don Agustín Castro Palomino. Su casa de vivienda se encontraba frente a la calle Reina y en ella estuvo de temporada durante el verano de 1796 el Conde de Jaruco. Por ventas y parcelamientos sucesivos determinados por el aumento de la población, el Camino de San Antonio fué pronto un camino de quintas de recreo. En 1735 se le dió rectitud y se le puso aceras de piedra, según La Torre, "a costa de los padres jesuitas que tenían estancias por San Antonio Chiquito".

Un Trapiche o "Guarapera"
La primera industria y comercio de que se tiene noticia en la calle de Reina fué un trapiche situado entre Campanario Lealtad, cerca del Sur, propiedad del coronel don Vicente Garcini. Operaba el trapiche el moreno Esteban Estrada, y en él se expendía guarapo o miel de caña de azúcar. Las cañas de que se proveía eran traídas de la estancia que poseía el coronel Garcini en parte de los terrenos comprendidos entre Carlos III, Monte, Belascoain e Infanta. Funcionó esta "guarapera" en el primer tercio del siglo XVIII.

*Avance
Oct 12/43*



La importancia de la calle era apreciada de tal modo que en 1740, al proyectarse la formación del desaparecido Campo de Marte (hoy Plaza de la Fraternidad), se dispuso que el Camino de San Antonio debía atravesar este Campo para no embarazar la salida a extramuros por la calle Muralla. Por este tiempo existía en la esquina de Reina y Aguila un gran semicírculo de asientos de piedra llamado "El Mentidero", en el que se reunían en tertulia los políticos y politicones de la época para discutir los "trascendentales problemas políticos del momento" entre sorbo y sorbo de una refrescante zam-

bumbia o un jarro de dulce guarapo. El Mentidero fué un anticipo de la Acera del Louvre. Por razón de hallarse en la esquina de Aguila, esta calle llevó durante mucho tiempo el nombre de Calle del Mentidero. Se denominó del Aguila después, por un águila que pintaron en una de las tabernas que había en ella. La calle de Rayo, que cruza también la de Reina, se llamó así por un rayo que cayó en una de las casas entre Reina y Estrella, causando lamentables estragos.

En 1751 comenzó a llamarse el Camino de San Antonio, Calzada de San Luis Gonzaga, por haberse erigido en la esquina de Belascoain (acera del Norte) una ermita con la imagen de este santo, que fué destruida en 1835.

Simón el Pollero: Comerciante de la Epoca

El segundo comerciante de la calle Reina fué sin duda alguna Simón el Pollero, andaluz por más señas, que tenía una cría de aves frente a la Calzada, en la cuadra comprendida entre Gervasio y Escobar, a principios de 1752. Refieren documentos de la época que este Simón el Pollero partía todos los días a las seis de la mañana hacia la Habana Vieja con una canasta de pollos a cuestas, pregonando a voz en cuello: "Vendo pollos y pollitos, muy gordos y muy blanditos". El paso de Simón el Pollero despertaba a los vecinos. Simón prestó gratuitamente este servicio a los tranquilos y escasos moradores de la apacible Calzada durante dos años. Es de advertir que entonces no existían relojes despertadores.

Cuando en 1780 se terminó la construcción del Castillo del Príncipe, sirvió Reina, aunque desni-

velada y húmeda, para la comunicación militar del recinto con aquella fortaleza.

Reina Tuvo un Malecón

En 1790 se mejoraron muchos de los "malos pasos" de Reina; pero no fué hasta 1836, durante el mando del capital general don Miguel Tacón, que se terraplenó la calle construyéndose a todo lo largo del centro de la misma un malecón o muro de sillares con pretilos enverjados que, si bien niveló sus dos alturas, privó de la vista a todas las casas laterales y dividió la vía en tres.

Entre las obras arquitectónicas que dieron prestigio a la calle, impulsándola a su desarrollo, cita el historiador Emilio Roig de Leuchsenring entre las mejores de la colonia el espléndido palacio Aldama, propiedad hoy en día de la fábrica de tabacos y cigarrros La Corona. Fué construído este palacio en 1833 por el ingeniero Rafael Carrera para el millonario don Domingo Aldama. Formaba dos casas "tratadas como unidad arquitectónica de excepcional monumentalidad", según explica el profesor Weiss, destinada una de ellas para residencia del señor Aldama y la otra para su hija Rosa y su yerno Domingo del Monte, el gran humanista cubano. Frente al palacio Aldama, en la esquina de Amis-

tañ, se levantaba otro palacio en el mismo lugar en que hoy se halla el moderno edificio de la Sear's Roebuck Co. Este último palacio, más modesto, aunque no por eso menos bello, fué famoso también por haber servido de última morada al obispo Espada y Landa, muerto en 1832, y al general habanero don Juan Montalvo O'Farrill, que murió allí en 1844.

El Boulevard de la Reina

Durante el gobierno de O'Donnell, en 1844, inició el subinspector de ingenieros don Mariano Carrillo, nuevas obras de terraplén y nivelación. El malecón fué derribado. A ambos lados de la calle se plantó una alegre arboleda que la hermoseó convirtiéndola en un magnífico boulevard. También se le renovó el pavimento poniéndosele pavimento de calzada para los carruajes públicos. En ese año se le puso el nombre de Calzada de la Reina en homenaje a la reina Isabel II, homenaje que ninguna otra calle de La Habana podía rendirle entonces, pues según dice Pezuela en su Diccionario Geográfico e His-

La foto muestra el malecón de Reina...

3

tórico de la Isla de Cuba: "Reina es la calle más regular y amplia de todas las vías de la capital y perfectamente rectilínea. En anchura, uniformidad y simetría, es superior a las demás calles de La Habana. Casi todos los edificios de esta hermosa vía —sigue diciendo Pezuela— son de dos pisos con algnos de tres; pero la mayor parte carece en la planta baja de esas galerías acolumnadas, esa arquitectura diáfana, que es propia de la Gran Antilla".

La Plaza del Vapor

El mercado del Vapor existía ya desde 1817 siendo de madera sus casillas. El nombre de Vapor lo debe a haber colocado don Francisco Martí y Torrens en una fonda que tenía frente a la Calzada de Galiano, un cuadro con la vista del vapor Neptuno, que vino a Isla en 1819. En 1836 reedificó el mercado, construyéndolo de cantería, el capitán general don Miguel Tacón.

Según José G. Arboleya, en 1852 Reina era ya una de las pocas calles de extramuros que tenía alumbrado de gas, siendo el de las demás de aceite. El mismo Arboleya decía de Reina que "tiene espaciosa aceras y árboles frondosos". Aunque todas estas mejoras contribuyeron a hacer de esta calzada la reina de las calles, su desarrollo comercial fué lento durante más de la primera mitad del siglo pasado. "En esta calle —dice Pezuela— apenas aparecen más establecimientos de expendio que algunos de víveres y de inmediata necesidad".

Y es que Reina fué entonces una vía residencial sombreada de álamos y bordeada de magníficas casonas que si en su aspecto exterior eran europeas, en el interior hacían gala de una arquitectura de puro sabor colonial. Casi todas tenían un amplio patio con un rumoroso surtidor en el centro que en los días calurosos del tórrido verano derramaba sus aguas refrescantes bajo el follaje de un framboyán o de una enredadera. Circundaban los patios amplias galerías sobre las que se abrían las puertas de las habitaciones. Tenían estas casas a la entrada grandes zaguanes en los que se guardaban volantas y quitrines. Todavía hoy se pueden ver algunas, aunque casi todas han sido remozadas o reconstruidas.

Comercios en 1856

Los establecimientos existentes en la Calzada de la Reina en 1856, según Francisco Cartas en "Cartera de La Habana", son: la imprenta de Borcina; la sastrería La Lima, de don Eugenio

Melogán, en el número 1 de la calle; sastrería La Rosina, en el número 9; sastrería La Amistad, en el número 15; el colegio número 63; chocolatería y repostería Las Delicias, en Reina 31; de niñas Santa Catalina, en el chocolatería y azucarería La Atalaya, en el número 17; fonda y cantina La Marina, en el número 57; tabaquería y venta de tabaco en rama La Fama, en el número 41; El Dorado, en el 59, La Minerva, en el 61; La Legallidad, en el 23; panadería La Guardia, en el 21; peletería La Fraternidad Mallorquina, de los señores Meyes y Hermano, en el número 9; hojalatería El Aguila, en el número 11; trenes de carruajes El Progreso, en el número 11, y La Solidez, en el 37; agencia de mudadas La Primera y Antigua, en el 35 y medio; una locería en la casa número 21, y la escribanía de don Francisco Pimentel, en la accesoria del palacio Aldama.

Reina era ya un boulevard comercial y, como otras tantas calles de extramuros, "el camino de las vacas". Como se recordará hasta hace algunos años existieron dentro de la ciudad muchas vaquerías, hasta que una disposición sanitaria del Gobierno del general Machado las prohibió dentro de sus límites. Las vacas eran sacadas a pastar fuera de la capital en horas de la mañana y devueltas a sus establos por la tarde.

En su artículo titulado "Un día en La Habana", José María de la Torre hace una magnífica descripción de esta costumbre. Dice aquel gran habanero: "Suenan las nueve y a esa hora varía el cuadro. Los vaqueros toman sus numerosas vacas a sus pastos, ya por la calle de Reina, ya por la Monte, como para acabar de obstruir el paso interrumpido incesantemente por multitud de carruajes y caballos que van y vienen por ellas a estas horas".

En el número 149 de la calle existía en 1863 una casa de salud, la de San Rafael, que dirigía el doctor Francisco Saavedra.

Don Gaspar Betancourt Cisneros, paladín de la independencia por medio de la evolución, falleció en 1866 en una casa que se levantaba donde hoy yergue su magnificencia arquitectónica de estilo gótico la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, cuya construcción inició en 1914 la Compañía de Jesús, terminándola en 1923.

A partir de 1870 aumenta la importancia de Reina como calle comercial. Nuevas tiendas de ropa, de peletería, almacenes de azúcar y tabaco, sastrerías y camiserías, droguerías, ferreterías,

POR LA ESCUELA A CUBANA EN CUBA LIBRE

MONIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
CALLE DE LA HABANA

etcétera, van estableciéndose en la calzada]

Establecimientos de 1881

En el Almanaque Mercantil de 1881 figuran los siguientes establecimientos: el teatro Variedades, en el número 12; la Audiencia Pretorial, en el número 1; un almacén de azúcar y café al por mayor, en el número 17; la venta de tabaco en rama y torcido de Alvarez y Ca., en el 57; los almacenes y tiendas de viveres Mi Capricho, de José Clarens, en el número 10; de Eutiquio Juveo, en el número 80, que por aquel entonces era la esquina de Lealtad; La Diana, de Melchor Mallinedo, en el número 11. es-

quina a Aguila; la bodega de Agustín Palacios, en la Plaza del Vapor, por Reina; la de Jacinto Pau, en el número 51; y Los dos Hermanos, en el número 2, accesoria.

Fábricas de cigarros: La Hija de Cabañas, de Diego González del Valle, en el número 20, esquina a Rayo.

Panaderías y galleterías: La Guardia, de José Batispau, en el número 25; La Primera Guardia, de López y López, en el 21; El Centro de Oro, de Antonio Martínez, en el 123; Las Delicias, de Rafael Marzán y Noya, en el 22; El Rayo, de Juan Garriga y Ca., en Rayo y Reina.

Tiendas de ropa: La Sirena, de Constantino Riestra; la de Constantino Méndez; La Principal; La Segunda Rosita; Las Córdoba, de Galiano Córdoba y Hermano.

Sastrerías y camiserías: El Desgraciado, de Martínez y Corriño, y El Duquecito, de Germán González.

Peleterías: La Elegancia, de José Canet; Los Amigos del País, La Florida, La Victoria.

Locerías: La Adelina, de Martín Díaz.

Quincallerías, perfumerías y jugueterías: La Ganguista, de Baldomero Betancourt.

Fotografías: la de José Calvet y Compañía.

Peluquerías con y sin barbería: El Barberillo, de Marcos Aymart.

Depósitos de hielo: el de Juan Zorrilla.

Ferreterías: La Unión, de Ricardo Pérez; El Vapor, de Manuel San Pedro.

Boticas y droguerías: la de la señora viuda de Severo de León, y La Reina, del doctor José Rocamora.

Figuran también en el Almanaque Mercantil de 1881, las mueblerías El Manantial, de Manuel

Fernández, y La Sin Rival, de José Maxenchs; la lamparería, hojalatería e instaladora de cafeterías para gas y agua de R. Corrales y Cia.; el hotel El Vapor, la agencia de mudadas de Marcelino Crespo; la casa de baños El Barberillo, de Marco Aymat; y la fonda Las Delicias del Vapor, de Ramón Pose.

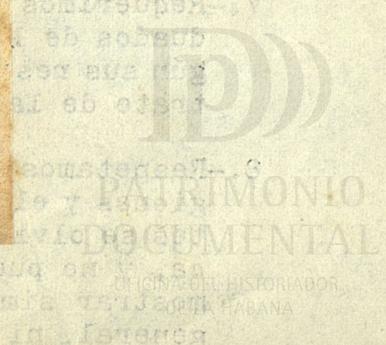
Los Tranvías de Caballos y las "Guaguas" de Estanillo

Circulaban por Reina en esta época con los ómnibus de caballos de Estanillo, los tranvías de caballos también, que tenían su paradero en el mismo sitio en que hoy se encuentra el de la Havana Electric Co., en el Príncipe. Reina y Carlos III eran las calles de tránsito obligado para ir a la plaza de toros de Infanta, el sitio de baile llamado Los Capellanes y el Club Campestre Almendares.

REINA EN LA REPUBLICA

A partir del establecimiento de la República, se transformó Reina gradualmente en calle eminentemente comercial hasta el punto de constituir hoy una de las de más tráfico de la ciudad. Donde antes se abrían las puertas de viejas casonas residenciales, aparecen hoy magníficas vidrieras artísticamente adornadas en las que se exhiben toda clase de artículos capaces de satisfacer al comprador más exigente. Sus amplios portales por los que a todas horas del día discurre una animada muchedumbre, contribuyen a facilitar este tránsito ininterrumpido haciendo que todos puedan contemplar las vidrieras y realizar sus compras con mayor comodidad.

Entre los comercios asociados a la Unión de Comerciantes de Reina y Carlos III que más se destacan en esa calle figuran el depósito de cigarros y tabaco de José L. Piedra, una de las mejores fábricas de cigarrillos y tabaco de la República, establecida en 1886; la joyería La Reina, de José López Fernández, establecida en 1919, la más antigua de la calle; la peletería "La Reina", de Abadín y Compañía, establecida en 1895, sin que desde entonces haya decaído jamás el favor que siempre ha merecido del público; la peletería "La Opera", de Aurelio Couceiro, que se ha colocado desde 1924 a la altura de las mejores; la peletería "El Mundo", establecida en 1935 por Varas, Sánchez y Compañía, famosa por la calidad de sus artículos y por sus ventas monumentales; la fotografía Moré, de José Moré, establecida en 1934; la casa de efectos religiosos "La Milagrosa", de Comas y Martínez; la prestigiosa mueblería y joyería "La Colonial", de Ruíz-sánchez y Compañía, establecida en 1936; la mueblería "La Idea", establecida en 1927 por Sánchez y Vázquez, y ya famosa desde



entonces por la calidad de sus muebles; la segunda sucursal de la gran tienda de víveres "La Mia", establecida en Reina en 1936; la gran sastrería "El Arte", de Puente Hermanos y Compañía, inaugurada en julio de 1932; los extraordinarios Almacenes Ultra, abiertos en 1938 por César Rodríguez Morales, y hoy en día uno de los primeros de La Habana por su volumen de venta y por la calidad de sus artículos; y finalmente la tienda en general de la Sears Roebuck Co., inaugurada en noviembre del año pasado, una de las más elegantes y mejor surtidas de La Habana, en la que se expenden todas clases de insuperables artículos sumamente bajos gracias a un sistema de venta especial.

LA AVENIDA DE BOLIVAR

En 1918 fué cambiado el nombre de la Calzada de la Reina por el de Avenida de Simón Bolívar, y en 1936 por el de Avenida de Bolívar simplemente; pero estos cambios de nombre no han logrado que el pueblo deje de llamar a la reina de las calles por su nombre original: la Calzada de la Reina.

EL PASEO DE CARLOS III, llamado también en un tiempo Alameda de Tacón y Camino Militar, constituía con la calle de Reina el Camino de San Antonio Chiquito allá por los siglos XVII y XVIII. Y como Reina, de la que es prolongación, fué la más importante arteria de comunicación por la que se efectuaba el intercambio de productos entre La Habana y el interior, por ser la primera y única vía que conducía al campo.

Delimitaba este camino en la primera mitad del siglo XVIII varias huertas y estancias, entre las que figuraban, por la parte norte, la estancia del teniente don Marcelo Carmona, la de don Tiburcio de las Banderas, y, finalmente, la huerta de don Nicolás González Borges, denominada después Molinos de Borges, y más tarde, del Rey, por existir en ella un molino de tabaco cuyos restos se veían hasta 1821 (Quinta de los Molinos).

Al sur del camino se hallaban las estancias de don Antonio de Zayas, y del Oidor, Bernardo Urrutia y Matos. La última perteneció al coronel Vicente Garcini.

Si Carlos III no constituyó hasta fines del siglo pasado una calle comercial, fué en cambio desde sus orígenes un camino a través del cual se ejercía un intenso tráfico en la buena acepción de la palabra.

A partir de 1780, año en que ya se hallaban muy adelantadas las obras de construcción de la fortaleza del Príncipe, sobre la que fuera loma de Aróstegui, se hicieron diversas mejoras en la vía. No obstante, durante todo el resto del siglo XVIII y el primer tercio del siglo XIX no fué completamente terraplenada hasta que en 1835 se formó el Camino Militar o Paseo de Tacón, a cuyo final comenzó a formarse el nuevo Jardín Botánico y se construyó la casa de Recreo de los Capitanes Generales en la que fuera estancia de Borges o Molinos del Rey, y es hoy Quinta de los Molinos (Escuela práctica de agronomía de la Universidad Nacional).

Tenia la Quinta de los Molinos una gran ventaja para la tranquila estancia de los Capitanes Generales en el verano, que eran su frescura y la belleza de sus flores. "No hay en todas las cercanías de La Habana—decía el finado Tiburcio Castañeda— sitio donde haya más brisa sin viento molesto que la Quinta de los Molinos".

EL PRIMER COMERCIANTE DE CARLOS III

El primer comerciante establecido en Carlos III fué don Enrique Disdier que en 1820 tenía arrendada parte de la Quinta de los Molinos y en la que poseía una vega y molino de tabaco. Dice La Torre que teniendo Disdier la contrata de proveer al Estado de polvo de tabaco o rapé, cuyo uso estuvo muy difundido en toda Europa hasta mediados del siglo pasado, le hicieron la maldad de echar polvo de ladrillo a una gran partida de rapé que envió a España, lo que fué causa de que perdiera la contrata.

Explica Pezuela que la causa natural que determinó la transformación del Camino Militar fué la necesidad de asegurar una buena comunicación entre la ciudad y la fortaleza del Príncipe.

Se consideró también que para una ciudad "de tanta extensión y vecindario" como La Habana no eran suficientes paseos públicos la Alameda Interior de Paula y la llamada de Isabel II (Pardo). Pero ni al terminar su mandato el general Tacón en 1838, ni tampoco al terminar su corto período su sucesor, don Joaquín Espeleta, estaban acabados aún los terraplenes del Camino Militar. Fué bajo el gobierno inmediato del Príncipe de Anglona cuando terminó la construcción el Mariscal de Campo, Subinspector de Ingenieros, don Mariano Carrillo de Albornoz, el cual dividió la vía en tres calles de se-

53
PATRIMONIO DOCUMENTAL
CALLE DEL HISTORIADOR
CALLE DE LA HABANA

6

55

sentas varas de anchura. (Entonces y ahora, la calle más ancha de La Habana). Las dos vías laterales, con buenos bancos de piedra en su intermedio, se destinaron para los transeúntes a pie; y la central, de triple espacio que las otras, para el paso de carruajes.

LA ALAMEDA DE TACÓN

"Amenizan esta alameda, además de las cuatro filas de árboles que dividen las tres calles—dice Pezuela en 1863—cuatro plazuelas o glorietas circulares que se abren a distancias desiguales unas de otras en toda la longitud del Paseo. La primera y más notable se encuentra casi a la entrada. Su centro está ocupado por la mejor obra de escultura que había entonces en la isla. Es una hermosa estatua de mármol blanco de poco más del tamaño natural que representa el buen Rey Carlos III a pie, con cetro manto, y el peinado de su tiempo".

LA ESTATUA DE CARLOS III

Esta estatua estuvo desde 1803 hasta 1836 en el sitio que ocupó luego la Fuente de la India. En 1836 al iniciarse la construcción del Paseo Militar, fué trasladada al lugar en que hoy se encuentra. Fué debido a esta estatua que el Paseo de Tacón o Militar, comenzó a denominarse Paseo de Carlos III.

La historia de esta estatua está ligada a la memoria del ilustre habanero, doctor Tomás Romay el cual, al abrir un concurso la Sociedad Patriótica de La Habana en 1794 para inquirir qué estatuas debían colocarse en el nuevo Paseo de Extramuros (Prado), fué premiado por el trabajo que presentó señalando que las cuatro personas que más derecho tenían a nuestra gratitud eran Cristóbal Colón, Juan Francisco Caraballo, Martín Calvo de la Puerta y Carlos III. De estas estatuas sólo se erigió la de Carlos III por suscripción popular.

"A una distancia de poco más de doscientas varas de donde está la estatua de Carlos III—dice Pezuela—se halla la segunda glorieta, adornada también en su centro por una fuente sencilla que llaman de la Columna, porque sobre un pedestal descansa una columna istriada rematando en una figura. En los ángulos descubiertos del pedestal hay cuatro figuras alegóricas de piedra. Por esta segunda glorieta cruza la Calzada de la Infanta. A una distancia de 500 varas está la ter-

cera glorieta, adornada en su centro como las anteriores. La cuarta, dista de la tercera sólo doscientas varas, descollando en su centro otro monumento que representa un templo griego con columnas cuadrangulares y relieves. Llámasele la fuente de las frutas porque adornan su pila cuatro pilares hermoseados con vasos etruscos que figuran contenerlas. En la quinta y última glorieta, mucho más fresca y sombría que las demás por los altos árboles que la protegen, ocupa el centro la fuente llamada de Esculapio. Aquí termina el Paseo de Tacón. Confluyen con los terraplenes de esta extremidad de la alameda, tres avenidas principales: una a occidente que asciende hasta el Castillo del Príncipe; otra al sur que va al caserío San Antonio Chiquito, y otra que dirigiéndose hacia el norte, conduce a la misma casa de recreo o quinta de los Capitanes Generales, y cuyo jardín exterior, entre flores y árboles y plantas aromáticas, es uno de los raros sitios públicos donde bajan de sus carruajes las señoras para hacer ejercicios".

EL GRAN PASEO DEL SIGLO PASADO

La alameda de Carlos III era la de moda para los que paseaban a pie como para los que iban en volantas o en quitrines hasta las faldas de la loma del Príncipe. Refería el finado Tiburcio Castañeda que siendo don Pedro de Balboa jefe del departamento de Instrucción Pública a fines del siglo pasado, solía ir a cortejar en un faetón a la señorita Inés Goiry que paseaba en coche con algunos familiares por Carlos III. Guiando una tarde el faetón, se le desbocó el caballo y allí quedó don Pedro maltrecho y con una pierna rota, por lo que tuvo que guardar cama durante mucho tiempo. Pero doña Inés, como galardón a la constancia de Balboa, le concedió su mano.

CASAS DE SALUD

En 1880 había en el Paseo varias quintas o casas de salud, entre las que son de recordar la antigua Quinta Garcini, a donde los centros regionales que no tenían casas de reposo, enviaban sus enfermos a recuperar la salud; y la quinta San Rafael.

El Almanaque Mercantil cita como únicos establecimientos existentes en la Calzada en 1881, al depósito de Canteras, tejares y piedra artificial de Nicolás Andreu; y la armería y herrería de Santiago Más.

En 1886, siendo Alcalde de La Habana don Segundo Alvarez se trasladaron las rejas que circundaban el Campo de Marte a la Quinta de los Molinos, donde fueron colocadas frente a la calzada y donde aun hoy se encuentran.

BIBLIOTECA DEL HISTORIADOR
INSTITUTO DE LA HABANA

En 1887 existía al pie de la loma de Aróstegui o del Príncipe, a la terminación del paseo un lugar de bailes nocturnos llamado el Hermitache, según el investigador Pérez Beato. Frente a la Quinta de los Molinos había también otro lugar de recreación y bailes que después se destinó a casa de vecindad.

EL CLUB ALMENDARES

En parte de los terrenos comprendidos hoy por el ángulo que forman Carlos III y Ayestarán estuvo en el último tercio del siglo pasado el club campestre Almendares donde se celebraban las inolvidables romerías de San Cristóbal de La Habana, fiestas estas que organizaban los centros regionales y a las que acudía mucho público. Para celebrar la romería se levantaban alrededor de la glorieta central—en la que se bailaba—numerosos kioscos y tiendas entre los que son de recordar el de los catalanes, asturianos y montañeses; el gran bohío cubano; el kiosco de los canarios, la casa de los andaluces y gallegos, y las tiendas de los vascongados y navarros. En el Club Almendares se celebraron luego importantes encuentros de base ball.

Recuerda Gustavo Robreño que allí se produjo una vez un episodio escandaloso al jugar un team de pelota femenino contra otro de hombres, y ser derrotado este último con score de quince por cero.

El home del cuadro de pelota estuvo originalmente en la esquina de Lugareño y Almendares, hasta que fuera incendiada la glorieta por unos desconocidos

un día de elecciones generales en La Habana. Aprovechando la confusión del momento, esos individuos asaltaron al cajero llevándose todos los fondos del club. Posteriormente fué corriéndose gradualmente el cuadro hacia el interior hasta que en 1916 fué establecido frente a Desagüe, junto al Parque Mundial. Hoy en día el Almendares Park y el Parque Mundial están abandonados.

CARLOS III MODERNO

La Calzada de Carlos III comienza ya a convertirse en calle comercial a ritmo acelerado. Hasta hace pocos años era una

avenida residencial. Hoy en día cuenta con importantes establecimientos comerciales, entre los que sobresalen el almacén y fábrica de tabaco de H. Duys and Co., establecido en Carlos III número 505 en el lugar en que antes se hallaba la antigua fábrica de tabacos La Legitimidad; la gran casa importadora de maquinarias "U. S. Hoffman Machinery Corp", el jardín "El Fénix", preferido de la mejor sociedad habanera por sus raras y bellas

flores; los Expresos Unidos de Cuba, una de las mayores empresas de la isla; la gran fábrica de tabacos Larrañaga; la Compañía de Levadura Fleischmann, productora de las digestivas pastillas de levadura que tanta demanda tienen por sus excelencias; los establecimientos de José Nuevo y Compañía; Ignacio López y Compañía; el afamado jardín Fraga, de José F. Fraga, y otros cuya relación harían interminable esta lista; todos ellos, asociados a la "Unión de Comerciantes de Reina y Carlos III".

VUELVE A LLAMARSE CARLOS III

La calle de Carlos III fué la primera a la que se cambió de nombre al constituirse la República. El 7 de mayo de 1902 se le puso el de Avenida de la Independencia. Por decreto presidencial de 1936 se le ha vuelto a llamar Paseo de Carlos III. La república ha reconocido con ello que dicho rey fué uno de los más esclarecidos monarcas que tuvo España en la isla, y el que más merecimientos y beneficios proporcionó a Cuba.





¿Quién diría hoy que éste fué el antiguo camino de San Antonio Chiquito? Aquel trillo que reptaba a través de una agreste cam-
piña en la que pastaba el ganado. ¿Quién podría imaginarse hoy que a ambos lados de este camino existieron estancias en las
que se cultivaban frutos menores? Han pasado muchos años desde entonces. La antigua Calzada de San Luis Gonzaga, la vieja, la
añorable calle de la Reina, es hoy la Avenida de Bolívar, una de las más importantes arterias comerciales de la Capital en la que
se efectúa un inmenso tráfico. Aparecen en primer término a la derecha, el viejo Palacio Aldama (hoy fábrica de tabacos La Co-
rona); a la derecha la moderna estructura de la Sears Roebuck Co., como si quisieran simbolizar el contraste entre dos épocas;
como si dijeran: "Somos la historia de la calle de la Reina".